



El sumō 相撲 es un deporte nacido en Japón que se encuentra profundamente ligado a las tradiciones religiosas del sintoísmo

Cuando las fronteras de tu cuerpo se fijan en más de 175 centímetros de estatura y entre los 140 y 200 kilos de peso, la vida puede ser un tanto dificultosa. Incluso miserable.

Habitar un cuerpo obeso es, por lo general, casi un estigma. Un delito. Un defecto imperdonable y criticable que la televisión, la moda y la publicidad no te dejarán olvidar, y que la sociedad en su conjunto te refregará en el rostro hasta hacerte sentir culpable.

Sin embargo y en muy pocas ocasiones o quizás en la única que existe sobre la faz de este planeta, rebosar gordura puede convertirte en parte de una élite, darte estatus de estrella, hacer de ti un personaje famoso y darte a ganar mucho dinero y reconocimiento.

Esto es lo que sucede en Japón con los luchadores de sumō, una especie de deporte sacro en el que dos moles humanas se enfrentan a empujones, manotazos y cachetadas con la intención de expulsar al rival del círculo donde se realiza la lucha, o de hacerlo tocar el suelo con algo más que la planta de los pies.

El mundo del sumō está controlado por la Asociación de Sumō de Japón, una entidad hegemónica, cerrada y con olor a naftalina que tiene reglas tan estrictas como ambiguas a través de las cuales lo controla todo.



PELEADORES DE PESO

ELÁSTICOS A PESAR DE SU PESO

Lo primero que se debe desmitificar sobre un luchador de sumō es todo lo concerniente a su obesidad, porque si bien son grandes y gordos, los sumōtori 相撲取り son mucho más ágiles que una persona promedio según reveló un estudio realizado por la Tokyo Metropolitan University. Adicionalmente, un luchador de sumō tiene sólo un 10% de grasa en el cuerpo (el resto es masa muscular) y una elasticidad que le permite abrir las piernas hasta en un ángulo de 180 grados.

Ello sin embargo, no impide que estas moles se enfrenten a los problemas propios que se derivan de su gran corpulencia, sobre todo porque viven en un mundo, el japonés, diseñado a la medida de personas mucho más pequeñas y delgadas que ellos, donde los espacios son reducidos y estrechos y lo compacto reina en todos los niveles de lo cotidiano.

Cuando un luchador recorre el país por ejemplo, prefiere moverse en tren bala (shinkansen) y siempre en la categoría Green Card (de lujo), donde los asientos son bastante espaciosos; todos ellos tienen prohibido manejar un auto porque no hay máquina en el mercado que pueda acomodarlos detrás del volante de forma segura; mientras que en los hoteles que se alojan solo pueden tomar una ducha, porque generalmente la tina es demasiado pequeña para su volumen.

Otro problema que se le presenta a la mayoría de los sumōtori como a cualquier otra persona obesa, es al momento de utilizar la taza del baño. Afortunadamente, en Japón es bastante común encontrar tazas de baño inteligente que asean al usuario de forma automática, lanzando chorros de agua temperada y ráfagas de aire tibio para secarlo.

La esperanza de vida de un sumōtori es menor en unos 20 años a la de un japonés promedio, pero esto no sólo tiene que ver con su peso sino con el ritmo de entrenamientos que llevan, los cuales son tan arduos y agotadores que ya han producido varias muertes, entre ellas la del gran campeón Ryukozan en 1990.

REPRESENTANTES DEL ESPÍRITU NIPÓN

Otra cosa que se debe aclarar respecto al sumō, es que se trata de una forma de vida con estrictas reglas de conducta. Para los japoneses, más que un atleta un sumōtori es el portador de antiguas tradiciones íntimamente ligadas al shintoísmo, la religión nativa de Japón.

Tanto en la vida diaria como en el transcurso de los 15 días que dura cada uno de los seis torneos que se realizan al año, se espera que los luchadores sean humildes y de pocas palabras, estoicos y que representen los valores que según la sociedad

local mejor describen a este país: dignidad, honor, fuerza y disciplina.

Por ello, un sumōtori nunca celebrará una victoria ni lamentará una derrota, y en el mismo instante en que haya vencido a su oponente dejará de ejercer cualquier tipo de fuerza en su contra.

Esta conducta y lo que representan culturalmente hablando, les ha granjeado el respeto y el cariño incondicional de los japoneses. En diversas ciudades del país se les puede ver caminando por las calles de la ciudad, perfectamente peinados con decorativos moños y vestidos con sobrios kimonos que en invierno o verano acompañan con zancos de madera (geta), ya que sería casi imposible encontrar calzado occidental a su medida.

Para convertirse en luchador (rikishi), el postulante, sea japonés o extranjero debe tener buena salud, menos de 23 años, una estatura mínima de 175 cm. y un peso de por lo menos 75 kilos. El resto lo harán la dieta y el entrenamiento.

Los luchadores de sumō, más de 900 en la actualidad, pertenecen a una de las 55 heya (una mezcla de gimnasio, escuela y vivienda comunal) que se ubican principalmente en Tokio. Allí comen, entrenan, duermen y realizan las labores propias de cualquier hogar, siendo los principiantes los que se encargan de servir a los luchadores de mayor categoría.

No son pocos los aprendices que son ex delincuentes juveniles o muchachos de familias humildes que viven en provincias alejadas, y llegan a las heya con apenas 14 ó 15 años de edad luego de que algún "ojeador" les haya visto condiciones. Los padres dan el consentimiento y desde ese momento el muchacho queda en manos del oyakata (master y administrador de la heya) y de su esposa, la única mujer autorizada para ingresar a la heya.

El castigo y la humillación son partes intrínsecas de la formación de un aprendiz, al que le tomará por lo menos cinco años llegar a las categorías superiores (sekitori o profesional), momento en el que comenzará a recibir un salario.

NO HAY LÍMITES

En el sumō no hay límite de peso ni categoría, se enfrentan todos contra todos y la experiencia demuestra que si bien la corpulencia del luchador influye mucho en el resultado, no siempre gana el más grande ya que el sumō es considerado por los propios luchadores como una práctica mental más que física.

De los 900 luchadores rankeados que existen en este momento, solo 40 pertenecen a la categoría Makuuchi que es la superior y se divide en cinco sub-categorías (yokozuna, -el rango más alto-, ozeki, sekiwake, komusubi y maegeshira); y 860 a la Juryo, que es la más baja.

Económicamente hablando, los luchadores de la categoría juryo recibe aproximadamente un millón doscientos mil yenes mensuales, mientras que un makuuchi se embolsa más de un millón quinientos mil yenes cada 30 días. Los sumōtori que todavía no se profesionalizan, reciben una propina mensual equivalente a unos ochenta mil yenes. Obviamente, sólo aquellos que están dentro del ranking tienen la posibilidad de casarse e irse a vivir fuera de la heya, siempre que cuenten con la autorización del oyakata.



